

JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS: *En la hoguera*. Ediciones Arión. Madrid, 1957, 240 págs.

Jesús Fernández Santos era conocido en los mundillos literarios por ser el autor de "Los bravos", literalmente una de las pocas novelas importantes debidas a la última generación intelectual española. "Los bravos" y "El Jarama", de Sánchez Ferlosio, constituyen, en este plano, la cima y la promesa de nuestra novelística. Ahora Fernández Santos publica "En la hoguera", su segunda narración larga (ha publicado también varios cuentos).

"En la hoguera" plantea el tema del dolor producido por la enfermedad. Y lo hace de una manera acuciante, poderosa. La enfermedad —tuberculosis principalmente en relato— que se apodera de un ser humano, rebajándole y a veces aniquilándole las posibilidades vitales. Pocas veces la literatura española ha sabido presentarnos un tema semejante con tanta veracidad. La novela nos arrastra, nos introduce, nos hace intimar —el estilo es capital para este logro— con la vida amenazada, *provisional*, de estos personajes. Tema, enfoque, localización y personajes, todo es en esta novela diferente del propósito y realización de "Los bravos". Y, sin embargo, hay una perfecta unidad entre las dos. Son dos aspectos de un mismo conflicto. En "Los bravos" se planteaba predominantemente un problema social, era un grito de afirmación, a pesar y en contra de la miseria del propio existir. Había ya allí algunos personajes enfermos, que nos sobrecogían por el realismo y la simpatía emotiva con que el autor los había pintado. Ahora estos personajes, trasladados a Castilla, sufren y nos hacen vivir su sufrimiento en las páginas de "En la hoguera". El autor ha reducido su campo visual, o más bien lo ha tomado por otro de sus aspectos, que se convierte así en punto de vista central. El pueblo agostado, protagonista de "Los bravos", subyace ahora, es el entorno de la enfermedad insidiosa. Y al final se completa el ciclo: la enfermedad es también un problema económico, social.

Pero no es la enfermedad en sí misma lo que da sentido a esta novela. Fernández Santos no nos presenta un frío y brillante muestrario facultativo, una especie de Museo Chicote de la medicina. No se trata de lucir fáciles conocimientos ni de divertir a los sanos con el exótico mundo de la dolencia. Esta novela ahonda más en la enfermedad misma y, por encima de ella, en lo que es esencial a toda existencia: el anhelo del propio vivir, anhelo que está en la base misma del sentimiento amoroso. "Un deseo de paz, un anhelo de vida... Estaba enfermo, pero valía cien veces más que todos los otros. Hasta Madrid, hasta el fin del mundo con él; fuera, lejos de aquellas murallas, de las casas

muertas, de la tierra muerta, de la iglesia ruinosa. Estaba enfermo, bien enfermo, pero la vida viene siempre de aquellos que nos quieren, y ella le amaba, le quería tanto como deseaba librarse de aquel ambiente hostil, agobianté" (p. 191). Problema de la tuberculosis en los jóvenes, de la soledad de los locos, de la maternidad frustrada, de la maternidad deseada como remedio al egoísmo del ambiente: alguien a quien querer, en quien desbordar la inmensa capacidad de cariño. Y el pueblo, con sus campos yermos, que un tiempo fueran bosques hasta que acabó con ellos una tala vertiginosa, riqueza de un día. Y el ritornelo incesante del dolor. El pueblo, habitado por gente sana y gente enferma, que bulle por él y vive con la comezón de emigrar; algo así como un vaho amargo que saliese de la tierra misma.

No es una novela de tesis. Jesús Fernández Santos sabe ser respetuoso con la realidad, única materia novelable, y no introduce subrepticamente sus ideas con afán programático. Las ideas —no hay novela importante sin un trasfondo intelectual— nacen del contexto mismo, de las situaciones que traban los personajes. La realidad aparece multiforme dentro de su carencia de horizontes —sólo el pantano en construcción, la gran ilusión, meta de todas las conjeturas. (No falta tampoco el teatrillo ambulante, señuelo de la aventura.) El único elemento introducido un poco a la fuerza —y es la parte más endeble de toda la obra— es un viaje que el protagonista, Miguel, realiza por tierras castellanas, trasunto de otro que realizó el autor. Aun así, este viaje de Miguel tiene una justificación: cuando Miguel afinca su destino en el pueblo donde se desarrolla la acción —en este pueblo y en Madrid— sabemos que no es una excepción, que todos los pueblos de la comarca, o casi todos, son iguales, aun con sus diferencias de matiz, y que, por tanto, podría haber elegido cualquier otro. La única excepción es Madrid, con su engañosa apariencia de vida sobreabundante, y donde, sin embargo, los parientes, los emigrados de ayer, llevan también una existencia rutinaria y cansada. (Y, aparte esto, las descripciones son muy plásticas.)

En definitiva, "En la hoguera" nos demuestra que sólo con volver los ojos al mundo circunvecino, a los problemas vitales de nuestro alrededor, la novela española alcanzará la necesaria dignidad artística.—ALBERTO GIL NOVALES.